

ISAAC ASIMOV

**Los ojos
hacen algo más que ver**



CIENCIA-FICCIÓN



Asimov es uno de los maestros indiscutibles de la narrativa de anticipación, con una obra amplísima y diversa que participa a un tiempo de las constantes de la escuela americana —su interés por la trama narrativa, por la historia bien contada— y de los esquemas de rigor científico que caracterizan a la ciencia-ficción soviética. El título que centra este volumen —LOS OJOS HACEN ALGO MÁS QUE VER— crea una atmósfera obsesiva en torno del descubrimiento del sexo por unos seres que han llegado a perder incluso —después de tres millones de años de evolución— la noción de identidad corporal. Los restantes relatos inciden igualmente en el juego deslumbrante de ingenio —Asimov es un notable discípulo de Chesterton—, basado en la confrontación de los fenómenos apasionantes de las nuevas magnitudes con las fórmulas estereotipadas de lo que llamamos «sentido común». Sin lirismos trasnochados y sin ninguna pretensión de profecía, la obra de Asimov cuenta entre lo más válido que se haya elaborado en el terreno de la ficción científica.

ÍNDICE

Los ojos hacen algo más que ver (*Eyes Do More Than See*), 1965.

Anochecer (*Nightfall*), 1941.

Huésped (*Hostess*), 1951.

Alternativas (*What If*), 1952.

Moscas (*Flies*), 1953.

Érase un hermoso día (*It's Such a Beautiful Day*), 1955.

Insertar la pieza A en el espacio B (*Insert Knob A in Hole B*), 1957.

Segregacionismo (*Segregationist*), 1967.

LOS OJOS HACEN ALGO MÁS QUE VER

PRESENTACIÓN

Tengo una regla a la que me sujeto para cualquier eventualidad. La regla es: nunca escribo nada a menos que sea requerido a ello. Esto quizá suene a algo atrozmente austero, y no es para menos, puesto que es mentira. Como demostración debo recurrir al hecho de que mis colaboraciones en algunas revistas de ciencia-ficción, así como mis libros publicados, han sido forjados libremente. La regla me la reservo para los trabajos dispersos y no habituales.

En 1964, fui instado por Playboy a escribir un relato. Me enviaron una diminuta fotografía de una cabeza de arcilla, desorejada y con otras características indicadas por escrito, y me invitaron a que compusiera un relato inspirándome en la foto. Otros dos escritores habían sido invitados a lo mismo y las tres historias tenían que publicarse.

Era un interesante reto y acepté. Escribí Los ojos hacen algo más que ver.

En caso de que la introducción previa a este volumen haya dado la impresión de que mi carrera literaria ha sido una cadena de triunfos a partir de Anochecer; de que para mí escribir sea vender; de que no quiera aceptar errores si algún colega me muestra alguno... debo decir que tal impresión es aparente y en ningún modo cierta.

Los ojos hacen algo más que ver fue rechazado con vigor muscular. El manuscrito entró violentamente por la ventana de mi casa después de haber sido arrojado desde Chi-

cago y tras cruzar kilómetros y duros obstáculos. Al menos es lo que me pareció. Las otras dos historias fueron aceptadas por Playboy, y una tercera historia, escrita por alguien llamado a sustituirme, fue también aceptada.

Afortunadamente soy un profesional imperturbable y tales cosas no me molestan. Dudo que alguien se percatase de mi disgusto excepto por haber lanzado un corto rugido de rabia.

Me puse en contacto con Playboy para estar seguro de que la historia era mía y que podía hacer con ella lo que a mi real gana le pluguiera, a despecho de haberse inspirado en la foto de marras. Era libre.

Mi siguiente paso fue enviar el relato a F & SF, explicándoles (como es mi costumbre en estos casos) que se trataba de un rechazo y dando todos los detalles. La tomaron.

Por fortuna, F & SF trabaja con razonable presteza y Playboy con abominable lentitud. En consecuencia, Los ojos hacen algo más que ver apareció en F & SF año y medio antes que la tríada basada en la foto se publicara en Playboy. Gasté un tiempo apreciable esperando que Playboy recogiera indignadas cartas que acusaran la historia común de la tríada como un robo perpetrado contra una historia escrita originalmente por Asimov. Yo mismo estuve tentado de hacerlo bajo nombre falso (pero no lo hice).

En lugar de eso, me contenté con ver que por el tiempo en que Playboy publicaba las otras tres historias, la mía no sólo había sido publicada ya, sino que había sido reimpressa dos veces y figuraba por tres veces en diversas antologías. Con ésta, ya van cuatro: ¿cómo le sienta eso, Mr. Hefner?

Después de cientos de billones de años, pensó de súbito de sí mismo como Ames. No la combinación de ondas que a través de todo el universo era ahora el equivalente de Ames, sino el sonido en sí propio. Una clara memoria trajo las ondas sonoras que él no oyó ni pudo oír.

El nuevo proyecto había estado aguzando su memoria más allá de los más viejos eones. Allaná el vórtice energético que recubría la suma de su individualidad y las líneas de fuerza se extendieron más allá de las estrellas.

La señal de respuesta de Brock vino.

Con seguridad, pensó Ames, él podía hablar con Brock. Con seguridad podía él hablar con cualquiera.

Los modelos de energía enviados por Brock, comunicaron:

—¿Te acercas, Ames?

—Naturalmente.

—¿Tomarías parte en la contienda?

—¡Sí! —Las líneas de fuerza de Ames se movieron irregularmente—. He pensado en una forma artística completamente nueva. Algo realmente insólito.

—¡Qué derroche de esfuerzo! ¿Cómo puedes creer que una nueva variante pueda ser concebida tras doscientos billones de años? Nada puede haber que sea nuevo.

Por un momento Brock quedó fuera de fase y comunicación, y Ames se apresuró en ajustar sus líneas de fuerza. Captó la dirección de los pensamientos de otros emanadores mientras lo hacía; captó la poderosa visión de la anchurosa galaxia contra el terciopelo de la nada, y las líneas de

fuerza pulsada sin fin por multitudinaria vida energética y discurriendo entre las galaxias.

—Por favor, Brock —dijo Ames—, absorbe mis pensamientos. No los evites. He estado pensando en manipular la Materia. ¡Imagínate! Una sinfonía de Materia. ¿Por qué molestarse con Energía? Claro que nada hay de nuevo en la Energía. ¿Cómo podía ser de otro modo? ¿No nos enseña esto que debemos planificar la Materia?

¡La Materia!

Ames interpretó las vibraciones energéticas de Brock como un tinte de disgusto.

—¿Por qué no? —dijo—. Nosotros mismos fuimos Materia en otro tiempo, mucho tiempo... ¡Oh, quizás un trillón de años atrás! ¿Por qué no erigir objetos en un medio Material, o con formas abstractas, o... escucha, Brock... ¿por qué no construir una imitación nuestra en Materia, una Materia a nuestra imagen y semejanza, tal como solíamos ser?

—No recuerdo cómo fuimos —dijo Brock—. Nadie lo recuerda.

—Yo lo recuerdo —dijo Ames con ímpetu—. No he pensado sino en eso y estoy comenzando a recordar. Brock, déjame que te lo muestre. Dime si obro bien. Dímelo.

—No. Es ridículo. Es... repulsivo.

—Déjame intentarlo, Brock. Hemos sido amigos; desde los comienzos pulsamos juntos nuestra energía, desde el momento en que llegamos a ser lo que ahora somos. ¡Por favor, Brock!

—De acuerdo, pero rápido.

Ames no había sentido tal temblor a lo largo de sus líneas de fuerza desde... ¿desde cuándo? Si lo intentaba ahora para Brock y obtenía fruto, se atrevería a manipular la Materia en presencia de la reunión de seres Energéticos que durante tanto tiempo esperaban algo nuevo.

La Materia permanecía rala entre las galaxias, pero Ames la reuniría, la conjuntaría más allá de los años-luz, es-

cogiendo los átomos, dotándola de consistencia y conformándola en sentido ovoide.

—¿No lo recuerdas, Brock? —preguntó suavemente—. ¿No era algo parecido?

El vórtice de Brock tembló al entrar en fase.

—No me obligues a recordar. No recuerdo nada.

—Había una cúspide y ellos la llamaban cabeza. Lo recuerdo tan claramente como te lo digo ahora. —Esperó y luego continuó—: Mira, ¿recuerdas eso?

Sobre la cima del ovoide apareció la CABEZA.

—¿Qué es? —preguntó Brock.

—La palabra que designa la cabeza. Los símbolos que significan la palabra sonora. Dime qué recuerdas, Brock.

—Hay algo más —dijo Brock con dudas—, algo en medio. —Una forma abultada surgió.

—¡Sí! —dijo Ames—. ¡Es la nariz!— Y la palabra NARIZ apareció en su lugar—. Y también había ojos en otra parte. —OJO IZQUIERDO... OJO DERECHO.

Ames contempló lo que había conformado, sus líneas de fuerza pulsando lentamente. ¿Estaba seguro de que era así?

—Boca —dijo luego—, y mandíbula, y nuez de Adán, y clavículas. ¿Cómo si no podrían venir las palabras hasta mí? —Y todo esto apareció en la forma ovoide.

—No había pensado en estas cosas desde hace cientos de billones de años —dijo Brock—. ¿Por qué haces que las recuerde? ¿Por qué?

Ames permanecía sumido momentáneamente en sus pensamientos.

—Algo más. Órganos para oír. Algo para recoger los sonidos. ¡Oídos! ¿Dónde estaban? ¡No puedo recordar dónde estaban!

—¡Déjalo estar! —gritó Brock—. ¡Olvídate de los oídos y todo lo demás! ¡No recuerdes!

—¿Qué hay de malo en recordar? —dijo Ames, desconcertado.

—El exterior no era rugoso y frío como eso, sino cálido y suave. Los ojos respiraban ternura y estaban vivos y los labios de la boca temblaban y eran blandos sobre los míos. —Las líneas de fuerza de Brock golpeaban y se agitaban, golpeaban y se agitaban.

—¡Lo lamento! —dijo Ames—. ¡Lo lamento!

—Me has recordado que en otro tiempo fui mujer y supe amar; esos ojos hacían algo más que mirar y no había nadie que lo hiciera por mí.

Con violencia, ella añadió una porción de materia a la rugosa y áspera cabeza y dijo:

—Ahora, déjalos que lo hagan —y desapareció.

Y Ames vio y recordó que en otro tiempo, también, fue un hombre. La fuerza de su vórtice partió la cabeza en dos y se lanzó a través de las galaxias siguiendo las huellas de la energía de Brock, de vuelta a la infinita amenaza de la vida.

Y los ojos de la hendida cabeza de Materia todavía centellean con lo que Brock había colocado allí en representación de las lágrimas. La cabeza de Materia hizo lo que los seres de energía ya no podían hacer y lloraron por toda la humanidad y por la frágil belleza de los cuerpos que otrora fueron, un trillón de años atrás.

ANOCHECER

PRESENTACIÓN

La redacción de Anochecer supuso un punto decisivo en mi carrera profesional. Tenía veintiún años cuando la escribí. Llevaba aproximadamente dos años y medio escribiendo profesionalmente (quiero decir, escribiendo relatos, enviándolos a revistas y vendiendo alguno de vez en cuando), pero mi relación con las editoriales no cuajaba. Hasta entonces había publicado más o menos una docena de historias y conseguido vender una docena más.

Por entonces, John W. Campbell, Jr., editor de Astounding Science Fiction, en el curso de una charla, me sacó a relucir la cita de Emerson que sirve de epígrafe a Anochecer. La discutimos; después, me marché a casa y en el curso de las siguientes semanas escribí el relato.

Seamos sinceros. No había escrito el relato de modo diferente a como había escrito mis relatos anteriores, como tampoco se diferenció en nada de los que le sucedieron. Por lo que a eso respecta, soy un verdadero conservador de las formas tradicionales. No me he especializado en ningún estilo concreto y todavía puedo afirmar que, formalmente hablando, no sé cómo escribir.

Suelo hacerlo siguiendo los cánones archiconocidos, que es la forma en que concibo de antemano los relatos.

Y de esa manera escribí Anochecer.

Mr. Campbell nunca confirma al autor la aceptación de sus historias; en lugar de una carta, envía un cheque, y muy

rápidamente, por cierto, lo que es buena muestra de su savoir faire. Por otro lado, siempre encontré ese detalle sumamente interesante. De modo que recibí un cheque por Anochecer, con la sorpresa, indudablemente grata, de que Mr. Campbell había cometido una equivocación a mi favor.

El pago corriente por este tipo de historias estaba por entonces a un centavo la palabra. (No me estoy quejando; por el contrario, me sentía muy contento de habérmelo ganado). La historia tenía doce mil palabras, de modo que yo esperaba la cantidad de ciento veinte dólares. Pues bien, el cheque exhibía la cifra de ciento cincuenta.

Me sentí confuso. Hubiera sido muy sencillo cobrar el cheque y no darle más vueltas al asunto, pero los diez mandamientos, que tanto me había recomendado mi austero padre, me impulsaban irresistiblemente a llamar a Mr. Campbell, solucionar el equívoco y resignarme a un nuevo y menos cuantioso cheque.

Pero ocurrió que no había ningún error. La historia le había parecido tan buena a Mr. Campbell que creyó justo aumentarme un cuarto de centavo por palabra como gratificación.

Nunca hasta entonces había cobrado tanto por un relato, aunque esto no fue todo. Cuando la historia apareció impresa, figuraba en primer lugar y en la portada podía verse su título.

Más aún, me obligó a plantearme seriamente sus posibilidades, pues, gracias a ella, el mundo de la ciencia-ficción supo que yo existía. Cuando pasaron los años se hizo evidente que yo había escrito un «relato clásico». Que yo sepa, ha aparecido en diez antologías, incluyendo una inglesa, una holandesa, una alemana, una italiana y una rusa.

Debo decir, sin embargo, que con el tiempo comencé a sentirme un tanto irritado de tanto escuchar que Anochecer era mi mejor relato. Pues me parecía, después de todo, que, aunque no sé escribir ahora mejor que entonces, la

continua práctica ha tenido que dotarme de cierta pericia, aunque sólo sea técnicamente.

La tortura me estuvo royendo el alma hasta que concebí la idea de este libro.

Jamás incluí Anochecer en ninguna de mis otras colecciones de relatos porque suponía que había figurado ya en tantas antologías que por fuerza tenía que resultar excesivamente conocida a los lectores. Pero los años han cambiado mi decisión. Muchos de mis lectores no habían nacido aún cuando tuvo lugar la primera aparición de la historia y, paralelamente, podía ocurrir que muchos otros no la hubieran visto tampoco en ninguna antología.

Además, si se trata realmente de mi mejor historia, no puedo menos que incluirla en una colección propia. Asimismo, figuran a su lado otras historias que no han aparecido nunca en ninguna colección de mi propia cosecha, pero que de un modo u otro han recibido alguna aprobación del público. El orden de estos relatos es cronológico, y la única razón que me ha movido a ello es que el lector juzgue por qué Anochecer tiene que ser mejor que cualquier otro cuento mío.

Todavía no sé lo bastante sobre literatura como para poder decirlo.

Si las estrellas aparecieran una noche cada mil años, ¿cómo podrían los hombres creer, adorar y preservar durante muchas generaciones el recuerdo de la ciudad de Dios?

EMERSON

Aton 77, director de la Universidad de Saro, alargó el labio inferior con actitud desafiante y contempló furioso al joven periodista.

Theremon 762 no lo tomó en cuenta. En los primeros días, cuando su columna era sólo una loca idea que pululaba en la cabeza de un cachorro de reportero, había acabado por especializarse en entrevistas «imposibles». Le había costado magulladuras, ojos morados y huesos rotos; pero, en cambio, le había proporcionado buenas reservas de frialdad y discreción.

De modo que hizo caso omiso de cuanta gesticulación prodigara el otro y esperó pacientemente que cosas peores llegaran. Los astrónomos eran bichos raros y si lo que Atón había llevado a cabo en los últimos dos meses significaba algo, entonces se trataba del bicho más raro del montón.

Aton 77 encontró una voz apropiada y la hizo fluir con la rebuscada, cuidadosa y pedante fraseología (puntal de su fama, entre otras cosas) que nunca abandonaba.

—Señor —dijo—, manifiesta usted una flema insufrible viniéndome con tan impúdica proposición.

El fornido telefotógrafo del Observatorio, Beenay 25, se pasó la punta de la lengua por sus labios resecos e intervino.

—Ahora, señor, después de todo...

El director se volvió hacia él y arqueó una blanca ceja.

—No interfiera, Beenay. Ya he hecho bastante creyendo en sus buenas intenciones al traer a este hombre aquí; pero no toleraré la menor insubordinación.